

La sed que nos construye

El agua es vida. Se corre peligro que las fuentes de agua se sequen, que el mar inunde, que el clima vaya en crecida destruyendo el hábitat vital y terminemos muertos de sed frente a los afluentes y los ríos ya disecados por nuestra culpa y riesgo. Estamos cercanos a un suicidio colectivo por la hambruna, los incendios, las inundaciones, la sequedad total. Es la vida lo que defendemos, el principio primordial de nuestra lucha.

En el Evangelio encontramos pasajes sublimes que tienen como centro el agua. Jesús comienza su apostolado convirtiendo el agua en vino. De su costado brota sangre y agua. Ya los israelitas en el desierto clamaban a Moisés muertos de sed. Y en los desiertos se hacen caminadas extenuantes en busca de gotas de agua. Estamos condenados al exterminio si no cuidamos nuestras fuentes de agua.

La Samaritana va en busca de agua. Encuentra allí a un joven judío sentado a la orilla del pozo. Es un cuadro de contrastes: Dos culturas, dos religiones, dos visiones sobre el líquido elemento. Y un grito perentorio de Jesús: “Dame de beber”. La sed de Jesús es diferente a la de la mujer. Jesús es la fuente de la vida y, por lo mismo, la fuente de un agua que salta hasta la vida eterna. La mujer busca solo calmar su sed tan pasajera.

Necesitamos sed de infinito. De aquello que mira más allá de nuestras limitaciones y debilidades. De aquello que se acaba tan pronto y nos deja sumidos en la frustración. Necesitamos una sed que nos construya desde dentro, aquello que nos renueva y nos hace en contradizos con la verdadera espiritualidad, más allá de los ritos y lugares de culto religiosos, aquello que nos pone en frente de la vida, “adoradores en espíritu y en verdad”.

Cochabamba 12.03.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com